

COLECCION USTED

la original publicación semanal de
BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene numerosos datos y foto-
grafias de los más célebres artistas
cinematográficos de ambos sexos.

Regalo de una estupenda postal.

Lujosa portada a varios colores

VARIOS NÚMEROS PUBLICADOS

Precio de cada número: 35 cénts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 203

50 cts.



A LAS MADRES:

CÓMO TODAS DEBÉIS SER

POR

**MARY ALDEN,
HUNTLY GORDON, etc.**

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción / Via Layetana, 12
Administración / Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 203

A las madres:

Cómo todas debéis ser

Comedia dramática adaptada de la novela de Blanche Upright, «El Valle de la alegría»

Reparto

<i>Hugo Benton.</i>	HUNTLY GORDON
<i>Luisa</i>	MARY ALDEN
<i>Laura</i>	NORMA SHEARER
<i>Gerardo</i>	WILLIAM COLLIER
<i>Aurelia de Lacey.</i>	WINFRED BRYSON

etc.

Producción LOEW-METRO

Selección ÓPTIMA del

Programa **VILASECA Y LEDESMA S. A.**

Layetana, 53

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

LAURA LA PLANTE



A las madres:

Cómo todas debéis ser

Argumento de la película

En la pequeña ciudad de Atwood, casi dichoso con un sueldo escaso, vivía el ingeniero Hugo Benton. Cierto que su presente no era muy envidiable, pero su espíritu acumulaba un enorme tesoro de ilusiones y esperanzas. Luchaba denodadamente para crearse una posición sólida y brillante, más que nada para evitarles a sus hijos y su mujer la vida de estrechez que actualmente se veían forzados a llevar. Acaso su voluntad de empuje y lucha habríase debilitado si la suerte no le hubiese

deparado por compañera a una mujer de recio temple, que aligeraba con su amor y actividad al esposo y a los hijos el peso de las privaciones y necesidades.

Luisa era un portento de mujer. Poseía un caudal inagotable de recursos caseros. Se multiplicaba a un tiempo en los diferentes trabajos del hogar. Estaba en todo. Y era de ver generalmente por las mañanas en la hora del desayuno cómo sorteaba las dificultades de atender a veinte cosas a la vez, sin que sobreviniese ninguna catástrofe irreparable. Ora en la cocina amenazaba la cafetera desbordar el hirviente líquido, ora los cachorros de sus entrañas, Laurita y Gerardo, dos pequeños que aun andaban a gatas por el suelo, se encaramaban en la despensa buscando la caja de galletas que estrepitosamente caía sobre sus cabecitas, porque sus torpes manos ansiosas no lograban sujetarla. El estrépito hacía acudir a la madre presurosa a poner orden. Y entonces era el marido el que, desde la habitación, impaciente, nervioso, cansado de rebus-

car un cuello limpio por los cajones de la cómoda, con el tiempo apremiándole además, le gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Luisa!

—¿Qué quieres?... ¡Espera un poco!

Y corría aquí y acullá, a la cocina, a los pequeños, al esposo que dábase a los diablos.

—¡Hace dos horas que busco un cuello sin encontrarlo! ¿Quieres que vaya al trabajo con este sucio?

Luisa encontraba el cuello y ayudaba a vestirse a su marido.

—Anda a limpiarte los zapatos. Todo quieres que te lo den hecho.

Hugo miraba los zapatos y el reloj.

—Bien: ¿pero y el betún dónde está?

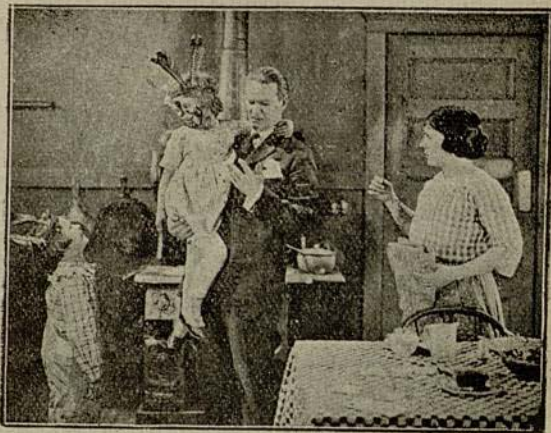
—En su sitio.

No; no estaba. Los pequeños se embadurnaban la cara con él y jugaban a pieles rojas. Y sus rostros tiznados servían después para pringar la cara del padre al besarlos.

El tiempo corría. Desayunábase en un sal-

to. La mujer, mientras le servía, iba acicalando a su marido y éste, enternecido, aun tenía tiempo para repetirle:

—Luisa, cada día me convenzo más de la suerte que tuve al elegir por esposa una mu-



Y sus rostros tiznados servían después para pringar la cara del padre al besarlos.

jercita como tú.

Y en la puerta, siempre con precipitadas prisas, despedíase con un beso de los suyos.

Luisa lanzaba un suspiro de alivio. ¡Qué vida! ¡Qué ajeteo! Pero pensaba en Hugo, contemplaba a sus pequeños y florecía en sus labios una sonrisa de contento y se entregaba de lleno a la ímproba labor que pesaba sobre ella.



Un día, Hugo Benton cayó víctima de larga y penosa enfermedad, y aquello le sirvió para admirar más el abnegado carácter de su esposa.

Luisa, para salir adelante, había solicitado calladamente trabajo a unos vecinos suyos que gozaban de una desahogada posición.

Hugo, que se hallaba sentado en la terraza,

convaleciente todavía, junto con su mujer, vió llegar a la elegante vecina acompañada de su hija, una niña de pocos años.

—Nos da muchísima pena su situación... Confíe en nosotras; le daremos más trabajo



Cayó víctima de una larga y penosa enfermedad.

del que pueda usted hacer—le dijo la señora a Luisa, un poco distanciada de Hugo, pero no lo suficiente para que éste no lo oyese.

Y cuando Luisa, después que hubo despedido a la dama, regresó a su lado, Hugo le dijo apenado:

—¿Por qué aceptas trabajo de costura de nuestros vecinos?

—Pero si a esto no puede llamarse trabajo. Son solamente algunas cosillas para arreglar—repuso sonriente.

Hugo, impotente, dolorido de su insuficiencia, gimió:

—¡Qué tortura la mía! ¡Verte trabajar de un modo superior a tus fuerzas, y no poder obligarte a descansar!... ¡Oh, qué carga soy para ti!

Ella protestó:

—¡Vaya una manera de hablar! Estoy segura de que si yo fuese la enferma nada me faltaría, ¿verdad?

Hugo sentíase abatido. Contribuía a ello la noticia que acababa de recibir diciéndole que se había rechazado su invento.

—Mira—dijo, mostrándole a Luisa la carta.

Decía así:

Le damos las gracias por habernos ofrecido su invento antes que a nadie, pero nos vemos en la imposibilidad de aceptarlo, pues nuestro ferrocarril es de línea estrecha y para su escasa circulación basta con el antiguo sistema de señales.

—No te apures. Ya verás como al final venes—repuso ella con entonación suave y acariciándole.

Y él, en un transporte de gratitud, le besó las manos, exclamando:

—¡Eres la más buena, la más santa de las mujeres!

—¡Calla, calla!—protestó la esposa con afectada indiferencia, que desmentía un ligero temblor en su voz henchida de ternura hacia el amado.

* * *

Pasó la negra pesadilla de la enfermedad; pasaron años dificultosos de esfuerzos estériles, y la situación de la familia Bentón poco había progresado. Sin embargo, en la casa ya podían darse el lujo de tener una criada; Hulda, una muchacha bobalicona que hacía-se simpática por su crédula bondad. No tenía más que un defecto: pasarse las horas cantando el cuplé que entonces privaba:

¡Oh! ¡Seré reina del Japón!

¡Ay!... ¡Aaaah!

A quien de veras molestaba con aquellos gritos era a Gerardo, hecho ya un hombrecito, que se tomaba la vida en serio y estudiaba con tesón.

—¡Imposible! — clamaba, cerrando de un golpe el libro—. ¡Hulda, cállate de una vez! —gritaba.

La madre sonreía y parecíale que era ayer aún cuando mecía a su hijo en la cuna. Y ahora tan estudioso, tan formalito, respondiendo a las esperanzas que había cifrado en él.

Aquel día la niña de la casa cumplía quince abriles. Laura se había convertido en un capullo que acusaba ya a una mujercita rubia de suaves contornos y de angélica belleza. En su corazón, huérfano todavía de sensaciones, no había más que una gran alegría de vivir.

Laura irrumpió en las habitaciones con el afán de ser admirada con el nuevo traje que su madre para su día le había confeccionado.

—Te sienta muy bien, hija mía—observó mientras le daba un beso.

—¡Oh, mamá, me da tanta pena que no te hayas acostado anoche para terminar el vestido!... ¡Pero nadie en el mundo hace vestidos tan bonitos como tú!

¿Qué importaba pasarse en vela una noche, si su hijita se mostraba hoy radiante y henchida de gozo con su nuevo traje? No tenía

importancia. Sentíase pagada con ver cómo revoloteaba como un pájaro por la estancia y asombraba con su vestido la boquiabierta expresión de la infeliz Hulda.

Laurita propuso a su hermano que le acompañase a la sala, donde le aguardaban sus amiguitos.

—No; yo no tomaré parte en tu fiesta. Para jugar a prendas, prefiero seguir estudiando.

Contrariada, la jovencita suplicó, amoscóse, y finalmente intervino la madre:

—Anda, ve, hijo mío. No la desaires hoy.

Gerardo protestó un poco, echándose las de hombre formal, “de que eran unas sosas, unas bobas sus amigas, que se aburría”, pero obedeció, y la madre los vió alejarse suspirando de ventura por aquella bendición de hijos.

Entre los amiguitos se encontraba Jaimito Morgan, un muchacho larguirucho, cuya tremenda crecida le tenía sin carnes. Estaba locamente enamorado de Laurita; pero su ti-

midez era tan grande que se dejaría cortar en pedazos antes que confesarlo.

El hermano de Laurita miraba a las muchachas con cierto aire compasivo. "Son unas mocosas. Bah, yo soy todo un hombre." Pero eso no implicaba que al tocarse la cara la sintiese sin vello todavía.

Pronto cundió entre ellos la sana alegría y se afanaron en apartar muebles y alfombras, para convertir en sala de baile la estancia que, poco después, siseaba bajo los pies, que se movían al compás de un vals.

Se acercaba la hora de la comida.

Hugo Benton, de regreso de su trabajo, le preguntó a su mujer:

—¿No hay noticias de la Compañía de Ferrocarriles del Este? ¿No se ha recibido ningún telegrama?

—No, Hugo.

El ingeniero contrarióse y se lamentó en tono desfallecido de su mala estrella.

Perseveraba con tenacidad en sacar adelan-

te su invento, que revolucionaría el sistema de señales de los ferrocarriles.

Su mujer, viendo su ánimo abatido, le alentó:

—No hay motivo para sentirse desgraciado por eso, Hugo. ¿No nos tenemos el uno al otro y a los niños? ¿Para qué queremos más?

Y agregó, persuasiva:

—¿Podría darnos el dinero mayor felicidad que la de vernos tan unidos? Ten paciencia. Sigue luchando con fe... y triunfarás.

—No es por mí, por lo que tantas veces me desanimo, sino por ti... por los pequeños... ¡Me da pena y rabia no poder daros para lo necesario y para lo superfluo.

Y, rehaciéndose, dijo enérgico:

—Pero tienes razón... ¡Seguiré luchando y triunfaré!

La bobalicona Hulda, que un poco más apartada fregaba los platos, al oír lo del telegrama se acordó de que algo parecido llevaba en el bolsillo del delantal y se apresuró a en-

tregarlo al ingeniero, diciendo a modo de disculpa:

—Se me había olvidado entregarlo.

Hugo leyó con avidez:

Es casi seguro que ferrocarriles Este adquirirán tu invento. Enhorabuena.

Jorge Hammond.

El ingeniero se volvió a su esposa lleno de júbilo:

—¡Si es verdad lo que dice el telegrama, seremos ricos, Luisa!

Brillaban de alegría sus ojos. Abrazó a su mujer. La besó. Luisa bebía la felicidad en la mirada de su marido. Les faltaba para completar su dicha el velloçino de oro y pronto lo alcanzarían. ¡Iban a ser ricos!

La esposa, alborozada, le puso un delantal de cocina.

—Ayúdame a preparar la confitura.

En la otra estancia, el piano lanzaba las notas de un vals.

El dijo con dulzura:

—¿Te acuerdas?... Es el vals que bailamos

la primera vez que nos encontramos juntos en un salón... ¿Te arrepientes de haberlo bailado conmigo?



—¿Te acuerdas?... Es el vals que bailamos la primera vez que nos encontramos juntos en un salón...

A través de los años de lucha, era aquella

música algo así como una onda de luz que iluminase los días de la juventud ya lejana.

De nuevo se enlazaron sus cuerpos, mecidos por el compás de la música y de los recuerdos, ante la estupefacción de Hulda, que no acertaba a explicarse tan buen humor.

Y luego, en la mesa, la alegría resplandeció en el semblante de todos. Aunque invisible todavía, el poder del dinero agitaba con diversidad de pareceres a aquellas cuatro personas, que hasta entonces habían opinado del mismo modo:

—¡Nada, nada!—discutía con su hermano Laura—. Lo primero que nos compraremos será un Rolls.

—¡Un Rolls!... ¡Cómo se ve que no entiendes de elegancias! Nos compraremos un "Packard"!

—¡Que no!

—¡Que sí!

Y el padre:

—Orden, orden. ¡A ver si os quedáis sin coche!

*
* *

Triunfó Hugo Benton. Y a los treinta y siete años de su vida, dió el enorme salto que le hizo pasar de ser humilde ingeniero a millonario, sin que en nada se le notase el cambio.

Y ahora, paseando por el hall de la suntuosa residencia que habitaba en Nueva York, su íntimo amigo Jorge Hammond, que fué el que le ayudó a forzar las puertas del éxito, le decía:

—¿Qué, Hugo, verdad que resulta agradable poseer todo lo que uno desea?

—¡Oh, ya lo creo!... Mi dicha sería completa si Luisa se convenciese de que ahora somos habitantes de Nueva York, y no de una pequeña ciudad provinciana.

Se apenaba que su mujer siguiese aferrada

a los hábitos provincianos. Y lo que había de cierto es que Luisa, mujer de hogar por excelencia, chocaba con las costumbres que a título de elegantes querían imponer las maneras un tanto licenciosas de Aurelia de Lacey, una alegre viudita conocedora de todos los rincones neoyorquinos, que desde el primer momento se había erigido en guía y preceptora de la casa, especialmente de Laurita.

La viuda conservaba una belleza agosteña con todos los encantos de una iniciada madurez. Era espléndida en el mirar de sus oscuros ojos, y sus ademanes y elegancia tenían un débil trasunto de una *cocotte*. Demasiado lista para aleccionar los diez y ocho años de Laurita.

—Aurelia, me parece que mamá va a desaprobar este vestido—le decía la joven en su gabinete consultando al espejo.

—No hagas caso de tu mamá, pequeña. François me viste desde hace años y puedo asegurarte que en asuntos de moda es siempre el *dernier cri*.

Fortalecida con la opinión de su amiga, Laurita se atrevió a presentarse ante su padre y Hammond.

El vestido era un poco, a decir verdad, escotado. Pero el aire ingenuo y pudibundo



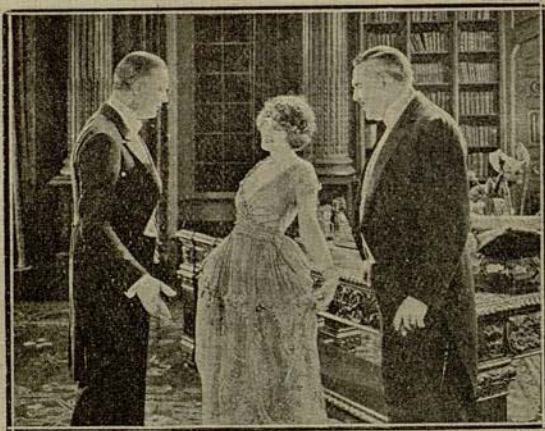
La viuda conservaba una belleza agosteña.

de la joven le quitaba toda su procacidad. Lo llevaba con elegancia. Habían bastado pocos meses para convertirla en una delicada flor

de capital, sin que nada denunciase en ella a la señorita de pueblo.

—¿Qué os parece la nueva *toilette*? — les dijo con risueño semblante.

—Muy bien, hija mía. Elegantísima.



—¿Qué os parece la nueva *toilette*?

De pronto Laura advirtió que su madre se acercaba a ellos, y un poco temerosa y en tono zalamero se echó en brazos de Hugo.

—¡Socórreme, papá! ¡Mamá va a armarme un escándalo!

Luisa se había reunido al grupo y fiscalizaba el atavío de su hija.

—Pero... ¿dónde está el resto del vestido?— inquirió en tono de censura, aludiendo a los escotes.

Laurita se revolvió contra su madre.

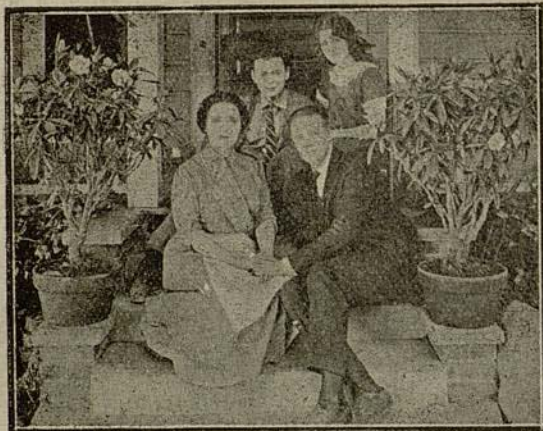
—¡Mamá, parece mentira que no quieras convencerte de que el primer modisto de Nueva York entiende de vestidos algo más que tú!

Hugo acarició a su hija, poniéndose de su lado.

Luisa veía en aquello una ingratitud. El dinero iba creando entre ellos una independencia peligrosa y sentía en lo más hondo que sus hijos, antes tan apretujados en torno de ella, se alejaban por una pendiente resbaladiza de frivolidades, en la que la ternura y los más caros afectos de la familia se hundían en la frialdad del gesto y de la corrección. Y en este vacío que sentía a su alrede-

dor, no pudiendo habituarse a aquella prosperidad repentina, echaba de menos la humildad de su casita provinciana.

—No puedo acostumbrarme, Hugo, no puedo acostumbrarme a que mis hijos hayan cam-



...no pudiendo habituarse a aquella prosperidad repentina, echaba de menos la humildad de su casita provinciana.

biado de tal manera—sollozaba a solas con su marido.

Y él, alegre, convencido de que aquello era lo más natural del mundo, replicaba:

—Naturalmente que los pequeños cambian.

Y agregó con reproche:

—Y tú debes cambiar también, si quieres seguir a su lado.

—Antes solías decirme que yo era una buena madre...

—Vamos, es menester que seas razonable.

—Al paso que vamos, quizás algún día me pidas que arranque de mi corazón el amor que siento por vosotros... Pero me lo pedirás en vano, porque no podré...

Luisa sollozaba.

Y Hugo, impaciente, cortó la conversación:

—Basta. No comprendes... no quieres comprenderme... Eres una mujer a la antigua y te obstinas en seguir siéndolo eternamente.

Los Benton aquella noche daban una fiesta. Esteban Druid asistía a ella en calidad de invitado. Pasaba este joven por un dechado de elegancias. Sin embargo, no obstante su corrección, reflejaba en su sonrisa fría y cínicca, un fondo canalla y antipático. A este Petronio de nuevo cuño le resultaba encantadora Laurita y ésta no era insensible a sus galanteos.

También la viudita tendía sus redes hacia los millones de Hugo. Y aquella noche extremó sus coqueterías para con el ingeniero.

Sentados en el jardín, hasta donde el eco de la fiesta llegaba debilitado en un confuso murmullo, respirando las emanaciones de la fronda y embriagados por el brillar metálico de sus ojos, Aurelia se le aparecía a Hugo como la encarnación perfecta de ese tipo de mujer

que parece nacida y creada para el amor. La fuerza de los sentidos despertábase en él, oscureciendo su razón, y ella aprovechó su embriaguez para decirle con afectada amargura:

—¡Si viera usted qué sola me encuentro, señor Benton! Yo misma tengo que administrar mi pequeña fortuna... ¡Si al menos un hombre del talento y de la experiencia de usted me iluminase con sus consejos!

Se insinuaba la viudita. Y mientras Hugo abandonábase al imperio de sus encantos, su hija, en otro banco más apartado del jardín, con el alborotar de su juventud ingenua, dejábase arrullar por los galanteos de Esteban Druid, que, por su parte, aprovechando aquella hora poética, veía avanzar su *flirt*.

Sólo Luisa con el certero instinto de madre, presagiaba en todo aquel ambiente el derrumbamiento de su hogar. Apenas se atrevía a avanzar por entre el bullicio de la fiesta. Un vago e incierto temor le oprimía el corazón y la tenía como sujeta en el ángulo del hall.

El amigo de Hugo se le acercó:

—¿Luisa, quiere usted bailar con un antiguo amigo?

—Perdone que le desaire, Hammond... pero me dijo Hugo que bailaríamos este vals conmigo.



Se insinuaba la viudita. Y mientras Hugo abandonábase al imperio de sus encantos...

Pero el marido se olvidaba de todo y poco después aparecía con la viudita y se mezclaba con las demás parejas.

Luisa ocultó su turbación y dijo balbuciendo a Hammond:

—Perdóneme un instante; voy a ver por qué no ha bajado Gerardo.

Y subió a la habitación de su hijo.

Gerardo yacía en el suelo, amodorrado por los efectos de una borrachera.

A Luisa se le escapó un grito de espanto. Jamás había visto a su hijo en tan lamentable estado.

Acudió un criado, y cuando entre los dos lograron colocar al joven en la cama, Luisa le ordenó que avisaran a su marido.

—¡Dios mío, qué espanto!

Se inclinó sobre el rostro lívido de su hijo prorrumpiendo en sollozos:

—¡Gerardín... niño mío!... ¡Era en ti en quien había puesto todas mis esperanzas!

Y al advertir a su marido, le señaló el cuerpo de su hijo toda desconsolada.

—No hay que darle demasiada importancia a las cosas, Luisa. Es una chiquillada... una travesura... Total, nada—objetó Hugo.

—¿Cómo puedes hablar así? ¡Esta es tu obra! Les das a los niños demasiado dinero, demasiada libertad y los estás echando a perder!

—Tú te alarmas de todo—repuso concilia-



—No hay que darle demasiada importancia a las cosas, Luisa.

dor y despreocupado—. Anda, ya se le pasará.

—Déjame. Baja tú solo. ¿Qué me importan los invitados, si mi hijo me necesita?

Y hundió su cabeza en el pecho de Gerardo.

Algún tiempo después, con la confianza de despertar antiguos recuerdos, preparó Luisa una velada evocadora de aquellas otras de Atwood, en las que reinaba la más encantadora intimidad. Fué en vano. A excepción de ella, todos se aburrían, y Gerardo aprovechó un descuido de la madre para decirle por lo bajo a su hermana:

—Yo, en cuanto pille una ocasión, desaparezo.

De pronto irrumpieron varios amigos, entre ellos Druid y la viudita.

La madre les invitó a quedarse.

—He preparado una pequeña fiesta de hogar... Me agradaría que ustedes se quedasen.

El programa no tentaba a aquellos seres frívolos.

—No, muchas gracias — repuso Aurelia—. Precisamente veníamos a buscar a ustedes para llevarles a un sitio muy alegre... mucho jazz... el *dernier cri*...

Y como Laurita se dispusiese a marcharse, instada por su amado Druid, la madre intervino:

—Preferiría que te quedases en casa esta noche... El señor Druid te dispensará.

No hubo más remedio que obedecer. Pero cuando la alegre compañía abandonó el salón, la hija revolvióse airada:

—¡Oh, esto es insoportable! ¡Con una madre como tú no seré nunca nada... no iré a ninguna parte!

Luisa repuso en tono conciliador:

—No lo tomes así, hijita... *yo* no busco más que tu bien!

—Verdaderamente, parece que te complaces en agriar todas nuestras diversiones y alegrías.



—¡Oh, esto es insoportable! ¡Con una madre como tú no seré nunca nada... no iré a ninguna parte!

La madre interrumpió:

—¡Pero si esa gente no es la que yo quiero tener en casa!

—En cambio, esa clase de gente es la que a mí me gusta... ¡y puesto que no quieres que los vea aquí, iré a verlos a otra parte!

Y así terminó la velada, yéndose cada uno por distinto camino.

La única hora del día en que Luisa olvidaba la soledad que poco a poco la iba envolviendo, era por las mañanas, cuando salía de compras.

Y de pronto, en aquella hora de paz, quiso el destino rasgar el velo que encubría su infortunio.

Un automóvil pasó por el lado del suyo; pero no tan veloz que no distinguiese a través de los cristales a su querido Hugo amarrelado con la taimada viudita.

La sospecha se hizo realidad, tan acerba, que ni siquiera tuvo fuerzas para llorar su corazón angustiado.

En el transcurso de algunos días, su soledad se acentuó; la que ante todo era esposa y

madre veía con amargura cómo todos desdeñaban su amor.

Mientras tanto, en un ambiente de fáciles placeres, Hugo creía encontrar su juventud perdida. Y Gerardo se imaginaba ser un hombre de mundo, alocándose entre champaña y la compañía de jóvenes de equívoca honestidad.

Laura, no en tanta progresión; también se dejaba arrastrar por aquel torbellino de músicas, de bailes y de canciones, que eran el marco tentador que rodeaba a su idilio.

Ante aquel desplome de la familia, un día, con esa fortaleza de ánimo de las mujeres que saben sufrir en silencio, Luisa tuvo el valor de ponerse frente a frente de su enemiga. Llamó a Aurelia.

—Ya supondrá usted por qué la he hecho llamar, señora. Usted y yo tenemos que entendernos.

La viuda afectó una ingenua ignorancia:

—¿Sobre qué?

Luisa atajó enérgica:

—Más vale no perder el tiempo con preguntas tontas. Estoy enterada de todo lo que pasa.



...Hugo creía encontrar su juventud perdida.

Y como Aurelia la mirase retadora, elevando la voz prosiguió:

—¡Usted ha vuelto a mi hija contra mí, poco a poco, solapadamente! Y no contenta con eso, intenta ahora arrebatarme mi marido... ¡Pero le advierto que sabré luchar!

La viuda la envolvió con un gesto desdenoso.

—¿Con qué armas? ¿Se ha mirado en el espejo? Yo tengo treinta y seis años y usted euarenta; pero la diferencia entre usted y yo es todavía más notable...

—No importa — interrumpió Luisa—. ¡Sé que trata usted de casarse con mi marido, pero no lo conseguirá mientras yo viva! Para ello tengo que dar mi consentimiento, y no lo daré nunca, ¡nunca! ¡Todo antes que permitir que destruya su vida!

—No soy yo quien ha de decidir esa cuestión—replicó con frialdad la viuda.

Luisa la despidió con el gesto.

En esto, entró en la estancia Hugo. Aurelia creyó oportuno sentirse lastimada por las palabras de la esposa ultrajada, y fingió gimiotear.

—¡Nunca en mi vida, me han insultado como hoy! ¡Su señora me acusa de que estoy intentando seducirle a usted!



Luisa la despidió con el gesto.

Hugo se volvió a su esposa:

—Luisa, ¿por qué has hecho eso?... Haz el favor de pedirle perdón a Aurelia.

Era pedirle demasiado. ¡Qué incomprensión y qué ceguedad! ¿Ella humillarse ante aquella mujer retorcida y astuta? Herida en su



Era pedirle demasiado. ¡Qué incomprensión y qué ceguedad!

orgullo de esposa, irguióse altiva, envolviéndolo

les con una mirada despreciativa a los dos, y abandonó la estancia.

El ingeniero trató de disculpar a su mujer:

—Admita mis excusas... ya que no ha podido admitir las de mi esposa.

Y Aurelia, en tono melindre, afectó ser generosa:

—No riña usted a su señora, Hugo... Después de todo es una mujer que le ama.

—¡Qué buena y qué noble es usted!—exclamó él con arrobado transporte.

Aquella noche, después de largas horas de reflexión, decidió el ingeniero romper con su mujer... y ella a pesar de que en la luna del espejo vió retratadas las huellas de sus penas y trabajos, resolvió ser la esposa y la madre enjoyada, decorativa, que deseaba su familia. Atavióse cuidadosamente, y bajó a reunirse con los suyos.

Los hijos quedaron asombrados.

—¡Mamá, qué elegante!

—¡Ya verás en cuanto entre papá cómo nota el cambio en seguida!

Los hijos la rodeaban y se atropellaban en elogios.

Pero Hugo, al entrar, no paró mientes en ella. Hallábase preocupado y trataba de acabar de una vez.

De pronto, dirigiéndose a su hijo, dijo:

—Id a comer vosotros. Mamá y yo tenemos que hablar.

Obedecieron los hijos, que estaban muy lejos de imaginarse lo que Hugo quería decirle a Luisa.

—Esta situación es insostenible...—comenzó diciendo él a su mujer—. Ya ves a lo que hemos llegado... a mirarnos como extraños.

—Lo sé... y comprendo que en ello tengo una parte de culpa... Pero estoy decidida a cambiar.

El repuso, condoliéndose:

—Ya es demasiado tarde... Ayer, esta mañana, hubiera aceptado el cambio como mi salvación... Ahora imposible. Aun soy hombre joven... aun tengo derecho a la felicidad...

Tú no me comprendes, y he encontrado la mujer que puede hacerme dichoso.

—¡Eso sí que no!—exclamó con viveza la esposa—. Tú sabes de sobra que nunca daré para eso mi consentimiento.

El insistió:

—Reflexiona un poco, Luisa... Te daré la mitad de mi fortuna.

—¡Dinero!...—le interrumpió ella con acendrado dolor—. ¿Para qué quiero el dinero? ¡Oh, Hugo, me parece mentira oírte hablar así! ¿Es que nada valen los años que pasamos juntos?

—¡No me importa el pasado, sino el presente!

Y resuelto agregó:

—¡Esta misma noche, saldré para siempre de esta casa!

Hubo una pausa.

Luisa sollozó más que dijo:

—No puedo obligarte a que te quedes si ésa es tu voluntad. Es duro para unos hijos

quedarse sin padre, pero yo haré lo posible por hacérselo olvidar.

Hugo replicó con aire de duda:

—¿Por qué crees que los pequeños van a quedarse contigo mejor que conmigo? No hables prematuramente; déjalos a ellos que elijan.

Y queriendo resolver de raíz la cuestión, al punto los llamó:

—Hijos míos, vuestra madre y yo hemos decidido separarnos. Los dos deseamos teneros a nuestro lado y es preciso que elijáis.

—Eso, será una broma—replicó Gerardo.

—No se trata de un juego; es menester elegir... y pronto.

Los hijos se dieron cuenta, viendo las lágrimas lentas y silenciosas de la madre, y ante el tono grave del padre, del terrible dilema que se les presentaba, vacilaron, volvieron sus ojos al uno y al otro, y había en sus miradas una súplica, un desesperado ruego.

Hubo un silencio trágico para aquellos co-

razones. Hugo insistía en resolver la embarazosa situación.

Luisa, con voz desfallecida, observó:

—Todo lo que yo puedo ofreceros es el amor de una madre.

La opulencia, la vida fácil, los trajes, las joyas, el placer, su amor truncado: todo esto pasó en rápida proyección por el cerebro de Laurita, y ahogaron los gritos del corazón.

La madre experimentó cómo le oprimían la garganta unos garfios invisibles, y, con una voz sin matiz, expresó:

—Laurita, niña mía... Yo creía que no darías un momento.

Pero la hija, a pesar del dolor que la destrozaba, exclamó con amargo llanto:

—¡Mamá, mamáita, yo te quiero... te quiero con toda mi alma!... Pero... ¡oh, qué duro es decirlo!... papá me comprende mejor.

Y se echó en brazos del padre.

¡También los hijos la abandonaban!

Un leve temblor de angustia agitó sus labios. Gerardo la amparó en sus brazos. Ella

le imploró con la mirada: “¿También tú me dejarás?” No; el muchacho atolondrado, en aquel instante que su madre desfallecía transida por el azote de la ingratitud y del desvío, sintió que algo noble se levantaba en su



...sintió que algo noble se levantaba en su alma y sacudía con fuerza todo su ser.

alma y sacudía con fuerza todo su ser.

El padre quiso atraérselo con el brillo del dinero.

—Gerardo, yo no quiero forzar tu voluntad, pero eres hombre y debes mirar por tu porvenir. Mi posición social...

El le interrumpió con dignidad:

—¡Guárdate tu dinero y tu posición social! ¿Crees que puedes comprar mi cariño, como has comprado todo lo que has querido?

Y en tono de reproche en que restallaba la injusticia de que se hacía víctima a la madre, con viva ansia de defenderla agregó:

—¡Te quiero a ti, pero por encima de ti quiero a mi madre! ¡La quiero por buena, por santa... la quiero porque ella ha mirado por mis ojos y yo he sido lo bastante canalla para no mirar por los de ella!...

Y abrazando a la madre, que temblaba, que se refugiaba débil en sus brazos, sollozó con voz entrecortada:

—Mamá, mamáita, hasta ahora no te he causado más que penas...; pero te juro que en adelante seré bueno, que tus ojos no volverán a llorar por mi culpa.

En medio de tanto dolor, Luisa experimen-

taba la alegría de no ser traicionada por su hijo. Pero tantas emociones sufridas pusieron en grave peligro su vida.



En medio de tanto dolor Luisa experimentaba la alegría de no ser traicionada por su hijo.

*
*
*

A pesar de que Hugo Benton estaba convencido de que su alma entera se iba en pos de Aurelia, era lo cierto que ahora algo inexplicable le hacía añorar el hogar abandonado. Este sentimiento se adueñaba de él, sobre todo en sus cotidianas visitas a la viuda. Pequeños detalles incoherentes, no obstante el talento que ella ponía en ocultar sus intenciones, la acusaban de insincera.

Una noche Aurelia inquirió con manifiesta impaciencia:

—¿Cuándo te divorcias de Luisa?

El le repuso, encogiéndose de hombros:

—Lo he intentado, pero es inútil. He llegado a ofrecer la mitad de mi fortuna sin lograr que dé su consentimiento.

Ella opuso:

—Observo que eres demasiado generoso, Hugo... Piensas más en los otros que en ti y en mí.

El ingeniero la miró con extrañeza, sorprendido por su frío cálculo. La viuda, temiendo descubrir sus reservas mentales, recurrió como siempre a la caricia sabia y a demostrarle un cariño que no sentía.

Sin embargo, las palabras de Aurelia hicieron mella en el ánimo de Hugo, que no despegó los labios durante largo rato, visiblemente contrariado.

Por fin, la viuda propuso:

—Estamos excitados esta noche... ¿No crees que la fiesta que da Esteban en su casa calmaría un poco nuestros nervios?

El aceptó indiferente.

Mientras tanto, su esposa permanecía postrada en cama, debilitado su organismo por tantos sinsabores y penas como había sufrido. Pero todo lo que de bueno había en el alma de Gerardo velaba su sueño.

En esto llamaron al teléfono. Gerardo cogió el aparato. Era una amiguita de Laurita.

—Gerardo, soy Nelly Thurston... Te llamo para decirte que tu hermana ha salido de aquí para ir a la fiesta que da en su casa Druid.

Gerardo no quiso oír más. Cogió el sombrero y salió precipitado, dispuesto a impedir el ligero paso que acababa de dar su hermana.

A aquella hora, la casa de Esteban Druid trepidaba bajo el delirio del *jazz*. Mujeres de equívoca condición, gente, en suma, libertina, reuníanse en la casa del soltero.

Laura, ganada por el ambiente alocado de la fiesta, no se daba cuenta de que su honor peligraba. Druid le hablaba al oído y ella olvidábase de su condición de señorita.

—Ven... Quiero decirte sin testigos todo lo grande que es mi amor.

Y señaló una habitación contigua.

Ella, confiada, sin adivinar las torpes intenciones de Druid, aceptó.

Poco después aparecía Aurelia acompañada de Hugo, muy ajeno éste de que su hija se hallase a solas con Druid.

Minutos más tarde apareció Gerardo, buscando con ávida mirada a su hermana.



—Ven... Quiero decirte sin testigos todo lo grande que es mi amor.

El padre le detuvo al ver su semblante descompuesto:

—¿Qué ocurre?

—¡Laura... que está aquí!

—¡Cómo! ¿Mi hija aquí... entre esta gente?

Sí, estaba allí, en otra habitación, forcejeando por desasirse de los brazos de un canalla que ahora, en la estancia cerrada, descubría todo lo bajo de su condición, y trataba de seducirla a viva fuerza.

Un formidable empujón de Hugo descerrajó la puerta, que se abrió violentamente.

El ingeniero estaba imponente con su gesto amenazador. Druid se parapetó en un rincón.

—¡Canalla! ¡Voy a matarte!

Y dando un paso hacia adelante, disparó contra Druid.

En la puerta agrupáronse los invitados. Laura apareció despeinada, hecho jirones el vestido, avergonzada, con incierto paso, apoyándose en el brazo de su padre. Ahora, después del drama, parecía como si se hubiese rasgado la venda que cubría sus ojos.

Al distinguir a Aurelia, la apostrofó:

—¡Tú eres la culpable de todo!... ¡Te aborrezco! ¡Nada puede haber de común entre nosotros!

Y volviéndose a su hijo, añadió:

—Busca un teléfono y llama a Hammond. Dile que venga en seguida.

Cuando poco después presentóse el íntimo amigo en la estancia en que se hallaban detenidos por la policía, Hugo dió rienda suelta a su pesar.

—¡Oh, Jorge, qué he hecho!... Me parece imposible que haya sido tan loco. Mis éxitos, mi dinero no me han traído más que a esto... ¡Ahora estoy perdido!... ¡Oh, qué ciego fui!

En tanto, a Luisa, la mujer de hogar, sabedora de lo ocurrido, le faltó tiempo para correr junto a los suyos. Y en aquel instante en que su marido gemía su arrepentimiento, ella rogaba, suplicaba al policía que la dejase entrar.

—Lo siento, señora, pero tengo orden de no dejar entrar ni salir a nadie.

—Por favor, déjeme usted... Se trata de mi marido... de mi hijo...

El policía se esforzaba en hacerse el sordo ante la afligida mujer, pero las lágrimas le conquistaron y le franqueó la puerta.

Ya en la estancia, Laurita se precipitó en brazos de su madre.

—Mamaíta, perdóname... ¡Yo tengo la culpa de todo!

—¡No temas nada, hija mía!... ¡Te ampara el cariño de tu madre!—exclamó Luisa con la voz velada por la emoción, pero valerosa al ver en peligro a los suyos.

Y dirigiéndose a Hugo, que mohino y avergonzado de su proceder no osaba levantar la vista ante su esposa, le dijo suavemente:

—Perdóname que haya venido, Hugo.

Y como él, sentado, y de codos sobre la mesa, ocultase su rostro, ella puso dulcemente

la mano sobre su hombro, agregando con ligero temblor de voz:

—Compréndelo..., después de tantos años... No podía dejarte solo, sabiendo que quizás sufres... que quizás necesitas de mí.

—¡No!—exclamó Hugo interrumpiéndola—. Déjame... No soy digno de ti...

Y hundió el rostro entre sus manos, arrepentido y desesperado a un tiempo.

Luisa repuso conciliadora:

—Nada ha sucedido entre nosotros... Te quiero como siempre... te quiero más que nunca... ¡Eres mi marido!

—¡Oh, Luisa, Luisa... la más buena, la más santa de las mujeres!—sollozó el ingeniero, besándola las manos.

Los hijos se les acercaron, formando un conmovedor grupo, unidos de nuevo por el santo amor que irradiaba de aquella mujer toda abnegación.

Pasó el tiempo extendiendo sobre las cosas su manto de olvido.

La familia Benton se había trasladado a una linda casa de campo, y en ella esperaba a que Hammond arreglase el enojoso asunto



—*Mamáita, perdóname... ¡Yo tengo la culpa de todo!*

de Esteban Druid.

Todo se redujo a una herida grave, de la

que curaba lentamente el caballero de industria.

Una tarde, en que se hallaban sentados en la terraza del jardín, vieron aparecer con sorpresa de todos y especialmente de Laurita, a su compañero de infancia, aquel muchacho delgaducho, Jaimito Morgan, ahora convertido en un elegante, manejando un coquetón automóvil, gracias a negocios hábilmente desarrollados, que le habían dado una pequeña fortuna.

Desde la carretera, Morgan llamó a la joven:

—Venga usted a ver mi coche.

Y cuando Laurita, saltarina y gozosa, se acercó a saludarle, esta vez, él con más audacia le propuso:

—Si no tiene usted nada que hacer mañana a las cuatro, ¿quiere que venga a buscarla para casarse conmigo?

Ella sonrió, no desagradándole la proposición.

Y mientras en la carretera nacía un tierno idilio, allá, en la terraza, Hugo leía a su mujer y a Gerardo el siguiente telegrama:

Esteban Druid, completamente curado, se niega a que siga el proceso. Creo que no le conviene que la policía meta las narices en su vida privada. Enhorabuena.

Jorge Hammond.

Se despejaba el horizonte. Por fin la dicha apuntaba, sin una mancha que la empañase.

Gerardo con su mandolina empezó a tocar un vals.

—¡Ay, hijito, por Dios, vete con la música a otra parte!—rogóle la madre.

Y cuando se quedaron solos, Hugo cogió las manos de su esposa, y le dijo con sincero agradecimiento:

—Años atrás, cuando te decía que eras la

más buena de las esposas, ignoraba el verdadero valor de esa frase... Ahora te la repito sabiendo cuánto vale cada una de sus letras.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO:

la sentimental novela

¡Galleguita!...

Cine-espectáculo de arte argentino, interpretado por la gentil artista y eximia cantante EMILIA VIDALI

Preciosa novela de emoción

Postal-fotografía regalo:

William Desmond

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 cts

COMPRE USTED

la sin par novela

Los Grandes Films de LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

NÚMEROS PUBLICADOS

PRECIOS: } NÚMEROS CORRIENTES: 25 CTS.
 » EXTRAORDINARIOS 50 »

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4 La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, edic. 3 10, El Hábito, 3 edic. 11 Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17 La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22 Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24 La desconocida, 3 edic. 25 Robin de los bosques, (extra). 3 edic. 26, La Verdad Desnuda 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28 Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El Príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frívolas, 3 edic. 35, Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37 Directo de París 3 edic. 38, Lo que vale una mujer, 3 edic. 39, El valle de los Gigantes, 3 edic. 40, La sombra del padre, 3 edic. 41, Madame Morland, (extra). 3 edic. 42, Un juego peli-groso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La rosa de Nueva York, (extra). 2 edic. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 edic. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 58, La Bohème (extra). 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61

!Estaba escritol. 62, Las dos Huérfanas, 4 edic. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura, (extra). 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE 65, La pequeña parroquia. 66, Frou Frou. 67 La famosa señora de fair. 68, El Secreto del Polichinela. (extra). 70, La Quinta avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra) 75 Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York, 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cual quiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87 Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las Sentencias del destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96 El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa?. 101, La casa en la selva, (extra). 102, La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ÁNGEL GUIMERA) 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El nido de amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El ladrón de Bagdad. (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La damade las camelias. 121, El Murciélago 122, El sargento O' Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 124, La muñequita de Francia. 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127 El capri-cho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan.... (extra).

135, Una flor del camino. 136, La carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del deseo. (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia la Magnífica. 148, ¡Cuidado solteros! 149, El pequeño Robinsón, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una dama enmascarada. 157, ¡Mi tío! 158, La venus de Montmartre. 159, El aventurero. 160, La gota de sangre, (extra). 161, Gentes de Mar. 162, Por el amor y la gloria. 163, El Grumete. 164, El afán de triunfar. 165, Corazones errantes, (extra). 166, Honrarás a tu padre. 167, Injusto desprecio. 168, Abandonada en el altar. 169, Las luces del Broadway. 170, Madame Dubarry. 171, Una página en blanco, (extra). 172, Inocencia. 173, Los maridos de Edith. 174, La mujer que se olvidó de amar. 175, Muñecos del destino. 176, La luna de Israel, (extra). 177, El Huracán. 178, ¡Yo lo maté! 179, La jornada de la muerte. 180, Amor y trabajo. 181, Las alas del cariño. 182, Pacto de amor, (extra). 183, Esposas conscientes. 184, La tragedia del Carlton. 185, El señorito Primavera. 186, ¡Dispense usted! 187, Monsieur Beaucaire, (extra). 188, La lucha por la vida. 189, Después de la función. 190, La negativa. 191, La mujer que encontró amor. 192, Arabella. 193, Yolanda, (extra). 194, La venus intrépida. 195, Feria de Vanidades. 196, Raffles. 197, La noche de la batalla. 198, El pecado de volver a ser joven, (extra). 199, Misterios del corazón. 200, Entre las nieves de Alaska. 201, El hombre que vió el futuro. 202, La mujer del Centauro. 203, A las madres. Cómo todas debéis ser, (extra).

POSTAL FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla

Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Tamadge. 18, Tom. Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simón Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakava. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, María Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Doroty Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Svanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, Snub Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomás Meigan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Norman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA, (especial). 103, Mildred Harys. 104, Charles de Roche. 105, Enid. Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Garet Hugues. 111, Katerine Mac Donald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie.

114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mary. 117, Mac Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackatorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Bille Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Philips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, León Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, I. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna O' Nilson. 142, Henry Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix. 145, Vivian Martin. 146, Jean Angelo. 147, Geneviève Fèlix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al St. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O' Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Charles Jones. 159, Hella Moja. 160, Clyde Cook. 161, Baby Peggy. 162, John Gilbert. 163, Natalie Talmadge. 164, Alfonso Cassini. 165, Estelle Taylor. 166, Victor Varconi. 167, Shirley Mason. 168, Conway Tearle. 169, Ethel Grey Terry. 170, Luciano Albertini. 171, Huguette Duflos. 172, René Navarre. 173, Evelyn Brent. 174, Rod la Rocque. 175, Edythe Chapman. 176, Raymond Griffith. 177, Raquel Meller. 178, Gabriel Signoret. 179, Mary Alden. 180, Glenn Hunter. 181, Aileen Ringle. 182, Reginald Denny. 183, Constance Bennet. 184, Harrison Ford. 185, Jewel Carmen. 186, Amleto Novelli. 187, Norma Shearer. 188, William Collier. 189, Mae Busch. 190, Warner Baxter. 191, Agnes Ayres. 192, Buster Keaton. 193, Dolly Davis. 194, James Kirkwood. 195, Marion Davies. 196, Lew Cody. 197, Sally Rand. 198, Adolphe Menjou. 199, Mary Astor. 200, Hobart Bosworth. 201, Helen Jerome. 202, David Powell. 203, Laura La Plante.

